



A sesenta años de su muerte, recordamos al célebre escritor norteamericano en las palabras de una joven María Luisa Bombal, quien, atraída por el genio de este autor, quiso entrevistarle en Nueva York.

POR MARÍA LUISA BOMBAL
NTE. MEXICANA, 3 DE NOVIEMBRE DE 1959.

E NOCONTRARSE de pronto con que una ciudad encaja dentro de su leyenda es, desde luego, una emoción sorprendente. Pero si llega, como Nueva York, a sobrepasar su leyenda, con qué asombro trasciende su propia leyenda.

En Nueva York no hay rascacielos. Quiero decir lo que nosotros entendemos por rascacielos: un edificio descomunal e indelicado como un grito. (...) Manhattan está toda concentrada en una misma cosa, en una nada que sobrealza, en una nada que penetra y se afunda, como un desafío a la lógica y a las leyes de la armonía. (...) Nueva York es la ciudad del silencio.

Porque Nueva York, la ciudad en donde todas las cosas se estrechan y se aprietan, donde se hablan todas las lenguas, la ciudad del movimiento, de las agitaciones, de una ciudad... silenciosa. Los límites de su silencio comienzan en los muelles donde la aduana convida y distribuye el aporte humano de varios vapores a un tiempo. De entrada, la ciudad impone natural y automáticamente la más elegante de las disciplinas: el silencio. Y también la ciudad del orden es la ciudad de la simpatía y el respeto al prójimo. Los americanos parecen haber comprendido mejor que nadie que la civilización consiste ante todo en un pacto y una transacción. Un pacto consigo mismo, con la pureza subjetiva de sí mismo, y un pacto y una transacción con los demás.

(...) Nueva York es una ciudad poética. Allí no se ha perdido el impulso imaginativo, sentimental e "irónico", porque se ha ganado en organización y en practicismo.

(...) Cuando dije que quería conocer a Sherwood Anderson había sonado una ironía, exclamaciones escépticas: "¿Sherwood Anderson? Nunca ve a nadie. ¡Es inabordable! Hay que contentarse con su editor".

Sin embargo, fue W.W. Norton, que no es el editor de Sherwood Anderson, quien me consiguió, rápida y gentilmente, la entrevista que solicitaba. Ahí, Sherwood Anderson me llamó al hotel sin tardar y me citó para esa misma tarde a las 16.

A hora ya había preparado, con la imperiosa de una periodista de ocasión, una serie de preguntas pensadas con las que me propuse poner al descubierto "el espíritu del escritor americano": a saber:

a) ¿Tiene, según usted, derecho el escritor a aislarse, a permanecer ajeno a los problemas sociales, a no tomar parte activa en la política?

b) ¿Qué escritores, qué literatos, qué tradiciones han ejercido según usted influencias en su propia literatura?

c) ¿Qué opinión usted de la América del Sur, de su cultura, cuáles pueden ser, a su juicio, afinidades intelectuales con los Estados Unidos, cuáles?

Pero Sherwood Anderson vino a abrazar en persona la preta de su casa, un espacioso estudio de alta vitalidad. Este acogedor me puso a observar con curiosidad abrumadora. Sherwood Anderson me advirtió sonriendo: "No se di tanto trabajo. Este estudio no es mío. Nos lo ha prestado una amiga norteamericana aquí. Nosotros vivimos en el campo. En Virginia". Y sin más preámbulos me presentó a su señora, una graciosa americana tan inteligente como tranquila.

A pesar de todo, y para no dejar de cumplir con lo que yo consideraba mi deber de periodista formal, la primera pregunta:

—Tiene, según usted, el escritor derecho a aislarse, a no tomar parte activa en la política?

Sherwood Anderson me miró gravemente tan instante.

—Oh, sí; si me permite.

—Corno es posible que me haya concedido un solo escritor americano a los señores del P.E.N. Club? —trascendiendo desde luego mi pregunta.



En Nueva York con Sherwood Anderson



—Oh, sabe usted, a nosotros los escritores americanos no nos gusta hablar tanto y tanto. Preferimos escribir cada cual en su rincón mal o bien, pero escribir.

Y Sherwood Anderson sonrió con simpatía y con un poco de cansancio.

La ocasión me pareció buena para sincerarme:

—Francamente (no puede menos que decirle) no tengo parte de periodista. Sherwood Anderson, ¿qué parecido es usted a Sherwood Anderson?

Porque el autor de *Poor White* y de *Death in the Woods* era realmente igual a la idea que nos hacemos de él: varón, frívolo, corno, de una seriedad tan ligera, de una inteligencia accesible y serena.

La señora de Anderson trajo "whisky". Ella y su marido me mostraron luego el jardín sobre el que se abría el estudio, luego el estudio y los cuadros de la sala, y sonriendo con benevolencia de mis entusiasmos, me hicieron a su vez preguntas.

Pero fue a mí a quien tocó sonreír cuando Sherwood Anderson manifestó su sorpresa ingenua a la par que cierta incredulidad de que en la América del Sur pudieran conocer mi libro.

—¿Cómo? ¿En qué idioma? ¿En inglés?

—Sí, en inglés pero traducidos al francés y al español también.

—¿Así es que en la América del Sur saben que yo existo?

(¿Qué más? ¿Qué maravilla!)

(...) "América del Sur, América del Sur", repetía, mientras me acompañaba hasta la puerta.

Al día siguiente me mandó una carta de la que transcribo aquí algunos renglones.

Se está hablando mucho de la necesidad para todos nosotros, en nuestras dos Américas, de tratar de conocernos mejor los unos a los otros. Creo que esto debería emprenderse con entusiasmo por la traducción y publicación aquí de nuestros escritos y poemas. En estos momentos existe, sin duda alguna, un gran interés por la América del Sur. Me atrevo a afirmar que no es sólo un interés de orden comercial, hay en este interés una especie de sentimiento nuevo. Algo terrible parece haberse apoderado del Viejo Mundo. Ya no podemos seguir tomando nuestros impulsos culturales de allí. Algo está allí corrompido.

Corno invitada al congreso de los P.E.N. Clubs, no pude menos que impresionarme profundamente la última frase de su carta. Todos los escritores europeos que frecuentaban en las sesiones y en las visitas sólo me parecían preocupados en defender sus derechos de autor. Yo los observaba mirando en sus miradas los derechos de autor. Yo los observaba mirando en sus miradas los derechos de autor.

Como invitada al congreso de los P.E.N. Clubs, no pude menos que impresionarme profundamente la última frase de su carta. Todos los escritores europeos que frecuentaban en las sesiones y en las visitas sólo me parecían preocupados en defender sus derechos de autor. Yo los observaba mirando en sus miradas los derechos de autor. Yo los observaba mirando en sus miradas los derechos de autor.

(...) Qué distinto fue, en cambio, el gusto pasado a que nos invitó en su cabaña Sherwood Anderson para mostrarnos algunos aspectos de Nueva York: China Town, Harlem, donde cada espectáculo y cada tipo de negro entusiasman a Sherwood como si lo estuviera viendo con nosotros por primera vez. A la vuelta de una calle un negro muy elegante y deportivo se bajó de su automóvil y vino a repasar a Sherwood, que manejaba deplorablemente. Él más ilustre de los escritores americanos escuchó con atención y expresión sobre el discurso, por lo demás bastante inocente, del "gentleman" de color, y poco a poco fui pasando a un intercambio de ideas en un lenguaje tan sencillo como el de un niño.

—Intercedo alguna. Ha sido usted demasiado indulgente.

Anderson sonrió y explicó:

—Si hubiera sido un blanco, no respondería de lo que hubiera pasado, pero a un negro mejor es dejarle la libertad de sus derechos.

Corno la mayor parte de los intelectuales americanos, Sherwood Anderson ama a los negros: un amor hecho de caridad y a la vez de pudor y de respeto admirativo.

Después fue Wall Street y los "doctors", la ciudadela industrial de Nueva York. Y entre los bancos y las centrales de grandes compañías comerciales, la iglesia de la Trinidad, negra y sobria, rodeada del apacible y silencioso cementerio, y el gran revuelto de los palacetes en las estrechas calles empinadas.

(...) Donde el trayecto de vuelta, Sherwood Anderson, con un entusiasmo y una sencillez sin límites, me habló del libro que estaba escribiendo, del capítulo que acaba de resolver en su mismo viaje, antes de venir a buscarnos. Me preguntaba casi mi opinión.

(...) Por la noche tuvo lugar el banquete solemne con que fueron coronadas las sesiones del congreso de los P.E.N. Clubs. Ochocientos personas, pero muy pocos escritores americanos.

Negrita estaba sentada en la mesa cubana. El día anterior había llegado de España. Algunos norteamericanos lo miraban ingenuamente emocionados, conmovidos por el drama que significaba para él el tener que sentirse vestido de fric a una mesa, por decir literario y elegante, al día siguiente de una capriciosa tan dolorosa. No fue lo mismo cuando al final del banquete accedió a tomar la palabra y con la copa en la mano pronunció sobre su mala dicción inglesa, habló de la belleza de los rascacielos, entonces. Encomendó su resignación nos pareció un tanto exagerada.

Pero la noche nos tenía reservadas otras sorpresas: Pearl Buck nos habló breve y sobriamente de la China destruida, y luego... luego se levantó y habló la China misma en la persona del ilustre escritor Lin Yutang; habló esta vez con la alegría y la verborrea de un "speaker" de radio.

No sé qué pensara en ese momento Pearl Buck. Por mi parte, mientras volvía al hotel, la frase de Sherwood Anderson me resonaba en los oídos.

—Algo terrible parece haberse apoderado del viejo mundo. No podemos ya seguir tomando nuestros impulsos culturales allí. Algo está allí corrompido.

En Nueva Yok con Sherwood Anderson [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Bombal, María Luisa, 1910-1980

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En Nueva Yok con Sherwood Anderson [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile